

The background of the cover is a marbled paper with a yellow and grey pattern. A bright red heart is painted in the center. The text is printed in a black, serif font.

LUIS FERNANDO CUETO

UN DÍA HORRIBLE
DE HERMOSOS CABELLOS

Cuentos de cuarentena

UN DÍA HORRIBLE DE HERMOSOS CABELLOS

El pintor bielorruso sale del block 5C en ropa de footing; estira los brazos, hace unas cuantas polichinelas y empieza correr. Unos niños juegan en el parque, descienden del tobogán y corren a treparse de nuevo por la escalerilla; son incansables, ríen y corren sin cesar, y sus risas llegan hasta los últimos pisos de los edificios. Las madres, unas mujeres turcas subidas de peso, de largos vestidos oscuros y pañoletas blancas de seda, cuchichean entre ellas y se llevan las manos a la boca para ocultar la sonrisa. El cielo está despejado, de un azul intenso, y el sol de la mañana resplandece en los vidrios de las ventanas y en los techos de tejas coloradas. Unos cuervos hambrientos picotean en vano una cornisa de zinc.

Los cabellos protegidos por una gorra de plástico, vestida con una blusa a cuadritos verdes y una falda floreada, plumero en mano, Ludmila sacude el polvo de unos lienzos y unos caballetes. Maxim, el pintor, acaba de dar la primera vuelta alrededor del complejo habitacional. Ludmila limpia ahora los vidrios de una ventana con un spray de detergente y unos periódicos viejos. Maxim pasa de nuevo por la vereda, es su segunda vuelta. Un chico sale de su casa con una bicicleta de carrera. Una mujer gorda hala de una cadena a un perrito chihuahua que se ha detenido a ladrar a un gato que acecha a una paloma. Maxim pasa por tercera vez por la vereda. Ludmila se sube a una silla, trepa luego sobre un escritorio y dobla el cuerpo para limpiar los libros de un estante; está casi en ángulo de noventa grados, con el trasero muy levantado, y su falda deja al descubierto unas pantorrillas blancas y musculosas. Maxim asoma por la esquina;

está muy cansado, jadea, se limpia el sudor de la frente. Camina hasta el edificio 5C, abre la puerta, ingresa. Se pierde en el ascensor. A los pocos minutos, reaparece en su taller de pintura.

El pintor le dice unas cuantas palabras a Ludmila. Ambos sonríen. Ella se endereza un poco. Él avanza unos pasos e introduce una mano por debajo de la falda de la muchacha. Luego, con la otra mano, la toma de la cintura y la hace sentar sobre el escritorio. Se besan. Maxim le desabotona la blusa y le besa los senos. Ludmila se abre de piernas. Maxim se baja la trusa y la penetra. Greta aparece por la vereda. Viste una chaqueta de franela roja, pantalón jean y botines negros de cuero, y trae un pan baguete para el desayuno. Está muy alegre, radiante, sus rubios cabellos ondulan sobre sus hombros. Ingresa al block 5C. Se saluda con un vecino. Sube por el ascensor. Aparece en el umbral de la puerta del taller. Abre la boca, grita, se lleva las manos a la cabeza. Maxim se separa de Ludmila. Su verga cuelga como el badajo de una campana. Intenta decir unas palabras. Greta llora, agita un puño, da media vuelta. A los pocos minutos sale corriendo del edificio. Corre hasta la esquina y se pierde de vista.

En la terraza del asilo de ancianos, sentado en su silla de ruedas, abrigado con una casaca de cuero marrón y una bufanda roja, Klaus observa a las abejas que liban, enviciadas, el polen de las flores de albahaca. Es su cumpleaños, y en la mañana se ha pintado los cabellos del color del cobre encendido. Así los tenía cuando era joven y poseía el vigor de un semental. Ludmila aparece por detrás, saluda, y coge los manubrios de la silla. Klaus sonríe. Ella le acaricia los cabellos. A lo lejos, unos loros surcan el aire, pasan delante del anaranjado sol del crepúsculo, y se van a perder en la mancha verde plomiza del bosque.

Todas las tardes Ludmila saca a pasear a Klaus. Por las mañanas limpia las casas del vecindario de Porz. Es su rutina de todos los días, desde que llegó a Colonia hace dos años. Pero hoy es un día especial. Klaus cumple ochentatrés años y, aunque nadie ha venido a visitarle, tiene ganas de estar alegre. Mientras dan vueltas al parque, él bromea con la muchacha.

Le cuenta que conoce su país, que a los veinticinco años estuvo en Sofía, y tenía una novia de ojos castaños y caderas muy anchas, sufría de incontinencia amorosa la pobre, en el rato menos pensado me exigía que le haga el amor, en el lugar que se le antojaba, en el cine, en el ascensor, en los parques, a la vera del río Iskar, y sin preservativos. Esa búlgara era adrenalina pura. Ludmila ríe. Le masajea el cuello a su viejo cliente. Klaus cierra los ojos. Una niña corre detrás de una pelota. Un avión se acerca al aeropuerto. El tren atraviesa el barrio con su larga trepidación. Un hombre de barbas cenicientas arroja una bolsa negra en el contenedor de basura. Un jovencito cruza el parque con una lata de cerveza en la mano y un cigarrillo en los labios. Klaus abre los ojos.

-Quiero contarte un secreto –dice.

-Dime –dice Ludmila, sonriendo.

-Una vez al año, el día de mi cumpleaños, se me para...

Ludmila menea la cabeza. Detiene la silla de ruedas.

-¿Y sabes qué? –Prosigue Klaus-, nunca he podido masturbarme...

Ella no sabe qué responder. El recuerdo de la mañana no la deja tranquila, la asalta a cada momento. No había querido que las cosas acabaran de esa manera tan abrupta. Pero Maxim tiene la culpa. Él me aseguró que ya había terminado con Greta. Ya no la soporto, me dijo. Es una chiquilla inmadura; más que un novio, necesita un padre para que la termine de criar. Y quién iba a pensar que ella se aparecería de improviso, si siempre venía por las tardes, oscureciendo, después de sus clases en la universidad. Seguramente quería una reconciliación. Para eso trajo el pan. Desayunarían y harían el amor. Bueno, hay que dar vuelta a la página. Ese no es mi rollo. Allá ellos. Que se arreglen como puedan.

-¿Quieres? –Pregunta.

-¿Estás dispuesta?

-Eso depende de ti...

Klaus entiende la indirecta. Saca cien euros del bolsillo de su casaca y lo coloca en la mano derecha de la muchacha. Ella reanuda la marcha, dirige la silla de ruedas hacia el asilo. Ingresan. Cruzan el largo pasillo. Suben al ascensor. Reaparecen en un dormitorio del cuarto piso. Es una habitación pequeña, estrecha, donde apenas entra una cama, una silla, una mesa de noche y un ropero; pero, a cambio, tiene una hermosa vista al Rin. Un barco pasa repleto de contenedores con dirección a Holanda. Ella levanta a Klaus de la silla de ruedas y lo sienta en la cama. Le quita la bufanda y la casaca; luego lo acuesta de espaldas en la cama. Le baja los pantalones. Efectivamente, está armado. Ludmila se quita el calzón y se levanta la falda. Se sube a la cama y se sienta sobre el anciano. Se mueve. Cimbra la cintura, menea las caderas.

-Tienes un hermoso cabello –dice con un gemido.

Estira una mano y le acaricia la cara, la cabeza. Se levanta de golpe. Sacude de los hombros a Klaus. Pero este no reacciona. Se ha quedado inmóvil, en un gesto de extremada excitación, con los ojos medio torcidos y la boca abierta. Ludmila se agacha y pone su oído en el pecho de él. Se asusta. Se desespera. Baja de la cama y se calza las bragas. Un barco de combustible remonta el río con dirección a Suiza. Ella se retira de la habitación. El ascensor se abre en la primera planta y ella reaparece. Cruza a trancazos el hall. Una anciana teje a crochet en una sillita. Un par de viejos juegan ajedrez en una mesita redonda. Sale del asilo, empieza a correr, atraviesa el parque e ingresa al subterráneo de la playa de estacionamiento.

Los destellos de un televisor a colores desgarran la penumbra del sótano. Tendido en un sofá, Anton, el vigilante rumano del mini market, busca un canal con el control remoto. Está en biverí y come semillas de girasol. Tiene una pierna enyesada. Se cayó el domingo pasado de una

segunda planta, más o menos de unos cinco metros, mientras ayudaba a su novia a limpiar una ventana de un departamento. Ella abre la puerta y entra. Se recuesta contra la pared. Jadea un poco. Se limpia el sudor de la frente con un brazo.

-Día de mierda –farfulla.

-Hola, cariño –dice Anton-. ¿Qué dices?

Ludmila camina hasta la pequeña salita. Abre una cortina de hule.

-Nada, mi amor –contesta-. Que te quiero mucho...

Él sonrío y entorna los ojos; la llama con la cabeza. Ella se acerca, se agacha y le da un beso en la boca. Estira una mano y le acaricia la cara, la cabeza. Pega un suspiro de alivio y pregunta con un ronroneo:

-¿Sabes que tienes un hermoso cabello?